

desmembrado»; a continuación, *Las aguas detenidas* (Madrid, 1989); y, finalmente, el libro que da pie a estas páginas, *Una oculta razón* (Madrid, 1991); a los que cabría añadir algún que otro cuadernillo o separata, como *Analecta* (Cáceres, 1984), *Variaciones* (1989) o *Aeróvoro* (Torrelavega, 1989) que, reduciéndolos al grado de tentativas o de reincidencias, el poeta ha excluido habitualmente de las fichas bibliográficas. En todos ellos se advierten las dos cualidades primordiales que sostienen la poesía de Álvaro Valverde, los dos polos en que se fundamenta su conciencia poética: la solidez del pensamiento y el sentido nítido de la composición y del lenguaje. Del sentido de la composición del poema, de la perfección del lenguaje, del equilibrio y la transparencia de ambos, de la indagación métrica, de la inteligencia y la sensibilidad retóricas, no voy a hablar: la sintaxis y las palabras (la elección léxica, la adjetivación, la frase, la lógica gramatical, las imágenes, etcétera) caen más bajo del azar de las simpatías y las afinidades que bajo los propósitos de la demostración y el raciocinio. Intentaré, pues, centrarme en la solidez del pensamiento, en su desarrollo y en su hondura.

II

«Habitar», ha escrito Eugenio Trias en *Lógica del límite*, «significa cultivar un territorio, algo más radical que la simple ocupación de un espacio abstracto. Significa convertir un espacio en tierra de cultivo y culto (*colere*), hasta constituirlo en colonia. Como territorio cultivado comparece a modo de sede de un *culto*, de un modo de *religión* (religación, re-elección). El habitante de esa colonia se halla a ella obligado y religado, y celebra en el *culto* la re-elección (refundación, recreación) de esa sede en la que habita». Cito literalmente estas palabras porque en ellas, aun siendo otros los propósitos y los objetivos del filósofo barcelonés, encuentro cabal justificación del quehacer poético de Álvaro Valverde. En efecto, el verso «hagamos de este lugar un territorio», que ha marcado y perseguido la trayectoria poética de Valverde, aunque, según creo, nunca hasta el punto de que pudiera afirmarse que ésta hubiera sido sustancialmente diferente si el verso original no hubiera llegado a escribirse nunca (su existencia, en realidad, no ha-

ce sino confirmar la clarividencia intelectual de un autor comprometido con su conciencia y con su propio espacio poético), broche afortunado de un poema que reelabora los temas clásicos del *locus amoenus* y el *beatus ille* con la materia del presente, es portador de una doble intención: eminentemente literaria, por una parte, y decididamente personal, por otra. El sujeto lírico se instala en la poesía con el compromiso de constituirlo en territorio (es, sin duda, innecesario subrayar la resonancia bíblica y fundacional de ese «hagamos» transfigurador, edénico), de configurarlo como campo de acción y reflexión, al mismo tiempo que contempla el territorio, la naturaleza, como motivo para la poesía. La identificación de poesía y territorio o, si se prefiere, la bifurcación del territorio en su vertiente física y ontológica, de un lado, y en su vertiente poética, lingüística, de otro, son la tarea de Valverde. El desarrollo de su poesía es un asedio, extenso y hondo, en torno a esta noción. El territorio físico es el escenario del yo, el territorio metafísico es la prolongación del yo, el tiempo y el paisaje del yo sucesivo que viene de la infancia. Álvaro Valverde pretende la configuración de una conciencia ontológica en torno a los tres vértices de la poesía en el siguiente orden: lenguaje (poema), realidad (territorio) y sujeto (yo). Su poesía se define, pues, sucesivamente, a grandes rasgos, como el contenido reflexivo del poema (*Territorio*), como fundación e invención del territorio natural (*Sombra de la memoria*, *Lugar del elogio*) y como el contenido del sujeto (*Las aguas detenidas*).

III

En cuanto proceso en curso, toda obra literaria es, desde el principio, incluso en los tanteos adolescentes del aprendizaje, prolongación del pensamiento, ahondamiento conceptual, enriquecimiento y depuración, acumulación y despojamiento, esto es, expresión de un recorrido intelectual complejo (el propio Álvaro Valverde señaló tempranamente las peripecias de la creación poética y sus similitudes con una «travesía» accidentada, con una Itaca improbable, con la «más dulce ignorancia», con «vestigios acaso de audacia» o con el «trazado de los mapas en previsión de múltiples desastres/ que conduzcan la nave a territorios hostiles»). En este senti-

do, hablar de etapas o estaciones no deja de ser una redundancia y hablar por pasos adelante, superaciones o vencimientos es una paradoja. La coherencia de la obra literaria consiste en hacer de ésta un conjunto armónico e interdependiente en el que cada parte se justifique a sí misma y, de añadidura, acredite a las demás y, en este sentido, por lo que se refiere a la poesía de Álvaro Valverde, bien puede afirmarse que está explorando, desde diferentes perspectivas, todo el espacio (o el territorio) inicialmente acotado, ciertamente convencido de que «el territorio es vasta imprecisión/ sobre la que se ensamblan realidades». Bien es verdad que el propio autor ha hablado de dos momentos diferentes en su producción, que considera sus «tres primeras entregas como una unidad de intención y sentido», a saber, la «búsqueda, la descripción del territorio (la poesía y el paisaje)», que asegura haberse planteado la segunda etapa como «un reto: superar la creciente dificultad del poema de cierta extensión que, como a nadie se le oculta, no se limita al problema formal sino a la totalidad de la concepción del poema y, más allá, de la misma poesía». Sin embargo, sólo parcialmente estoy de acuerdo con sus palabras. No creo que la evolución de la poesía de Valverde obedezca, sin más, a un desafío externo y de raíz formal, sino que marcha de acuerdo con las necesidades sustantivas que su propio espacio poético le reclama y exige, con el material que lo sostiene y alimenta. Así, puede afirmarse que, en los primeros libros, el poeta, convertido en cartógrafo, se impone la tarea objetiva de describir y definir el territorio, tarea que es, por lo demás, como digo, doble, toda vez que el territorio es, por una parte, el espacio del poeta, esto es, la propia poesía y, por otra, el espacio del hombre, es decir, el escenario físico, la naturaleza, la ciudad. Procede, pues, Valverde, en los comienzos, a la definición conceptual de la poesía y a la exploración figurativa de la naturaleza (sin que, necesariamente, ambas cosas sean siempre diferentes). Así sabemos cuáles han de ser los atributos esenciales del poema: surgir del asombro y ser expresión del sinsentido, venir desde más allá de la razón, ser múltiple y carecer de fines extrapoéticos o extralingüísticos, sostenerse sobre sí mismo y por sí solo, sin soportes externos, conjugar los riesgos de la experiencia técnica y la innovación formal, no sucumbir a fórmulas establecidas ni establecer fórmulas nuevas, ser, en fin, texto alumbrado, esto es,

nacido por alumbramiento, iluminado y luminoso. Y así sabemos que el territorio físico es, a su vez, clásico y reconocible: «la situación del bosque,/ el curso de los ríos,/ la irregular presencia de las aves...», los árboles, las ruinas, los jardines, las estancias, «la perceptible huella de la muerte», etcétera. Hasta aquí (*Territorio, Sombras de la memoria, Lugar del elogio*) el poeta ha actuado objetivamente, como espectador neutro de la realidad, igual que «el jardinero asiste/ desde el distanciamiento de las losas». A partir de aquí (*Las aguas detenidas*), desde el momento en que el territorio se percibe como pasado, como perdido, como infancia y origen, el proceso incluye la contemplación del yo en ese territorio y la recuperación del territorio (y la recuperación del ayer) que sólo permanece en el propio yo. De la definición de la poesía y la descripción del territorio hemos pasado a la asunción del yo que se ha expresado poéticamente y ha vivido el territorio. Es de ahí de donde surge la nueva percepción, la exigencia distinta, las soluciones, el tránsito del impresionismo a la abstracción, la configuración de la mirada («una sola mirada mensurable y distante/ prevalece apostada en esa ausencia/ que puebla la memoria del origen»), la levisima recuperación del pasado («escribo hacia el pasado porque olvido», anunciaba ya en *Territorio*) mediante la memoria («más que vista, pensada,/ sombra alzada que goza del lugar el elogio»), la dificultad del logro («la certeza/ de vivir la memoria y su traición/ desde la levedad que es el olvido»), la altura del empeño («reconstruir las ruinas del viejo laberinto/ es labor de una vida»). El sujeto tiene que vencer la sustancia fugitiva de lo que persigue y huye (tanta es, de hecho, la fugacidad que cuando las cosas se encuentran en su esplendor más alto no son en realidad signos de su escueta existencia, afirmación plena de sí mismas, sino, fatalmente, evidencias del instante siguiente, vísperas de su extinción: «La intensa luz solar del mediodía/ no oculta la aridez de tanta sombra./ Detrás de su fulgor está la noche»), perseverar en la certeza de que «por senderos oscuros siempre vuelven/ las señas habitadas/ que en la fugaz memoria del instante/ son sólo vanos velos del eclipse». Ahí tenemos, pues, al poeta, en el «territorio inventado/ a la luz/ de la sola memoria» y sabedor de que «el paisaje remite/ a un único lugar/ en que las aguas/ se quedan mansamente, detenidas/ en la dudosa orilla de otro tiempo».

IV

Este es el punto en que surge el último libro de Valverde, *Una oculta razón*. En él se manifiesta el empeño por determinar rigurosamente los límites del material que, por su misma sustancia, reclama ser pensado y considerado poéticamente. Para ello, al hilo de una noción personal de ética literaria, rechazando fulgores engañosos y espejismos ocasionales, el autor sigue seleccionando los objetos poéticos con minuciosidad, según la sabiduría y hermosa pulcritud de la tradición y, adentrándose por los caminos de la coherencia, que, en definitiva, son los de la verdad íntima, llega al único lugar posible: al mismo límite, es decir, a la conjunción fugaz que enlaza al sujeto y el entorno, al instante justo y único, irrecuperable («no consiente una vida repetir en su ciclo/ dos tardes semejantes», en que el sujeto se adueña de la realidad, que es cuando vive. Cabe, no obstante, una pregunta. ¿Es realmente irrecuperable «la sombra fugitiva,/ el instante, esa efímera razón de permanencia», la sucesión de instantes, el «inmóvil suceder», «la suma de visiones sucesivas/ que dan forma a la vida», sobre todo cuando se sabe que «detrás de cada una está la única»? Una razón oculta incita a la búsqueda: cada poema es testimonio y documento de esa razón, cada poema es esa razón. Tres elementos intervienen en el proceso extralingüístico: el sujeto, los objetos poéticos (donde objetos poéticos equivale a los lugares clásicos y perennes de la poesía de Valverde, la tarde, el jardín, el viento, el árbol, el río: «en esos símbolos/ cifré la inútil búsqueda») y el tiempo, inevitablemente pasado, de su simultaneidad. Un cuarto ingrediente se añade como consecuencia: el poema, la experiencia lingüística de la búsqueda. En torno a ellos discurre *Una oculta razón*: la voluntad de reconocerse poéticamente (lingüísticamente) frente a la realidad en la memoria. ¿Es ello posible? «¿Es derrota silencio?», se pregunta el sujeto. Todas las incertidumbres se reducen a una, por lo demás reversible: la posibilidad de la memoria a través de la poesía, la posibilidad de la poesía en la intangibilidad de la memoria. El poema, pues, se define y justifica como expresión del límite y del nexo, de la exactitud y del conocimiento, de la duda y de la recuperación: «interrogar/ ante el espejo/ una razón que valga la respuesta/ de estar [...] aquí

esperando». Ahora bien, en esta apropiación de la realidad en que se afana el sujeto, el poema se convierte en límite a sí mismo, frágil soporte a través del cual «perdurará en palabras el silencio», la luz, los objetos, «lo que fui, lo que he sido». No ha de pensarse, sin embargo, que, al fundir poema y memoria, Álvaro Valverde se recrea en la reflexión teórica de la poesía. Bien es verdad que se reconoce en los ecos de la propia obra, en «el extranjero que regresa/ sin haber renunciado al territorio», en «aquel que en la distancia quiso amar lo recóndito/ y el tiempo le devuelve la certeza del sitio», esto es, el lugar del elogio (recuérdese «la distancia se hizo para amar lo recóndito», de *Territorio*, o «visiones de quien puso en la distancia/ su única certeza», de *Las aguas detenidas*), en «las aguas detenidas en el tiempo/ y su reflejo lento, ese pasado/ que quieres recordar desde tan lejos», donde las alusiones son transparentes; que en el poema central, el que da título al libro, declara con firmeza su disposición presente: «Esta casa es ahora mi morada,/ el territorio inhóspito que aloja/ las aguas placentarias/ donde el canto construye/ su forma hacia lo hondo./ Donde torna la rosa subterránea/ [...] en lengua poderosa»; y que en el epílogo, para cerrar el libro circularmente, aún duda sobre la eficacia del empeño: «como al principio/ no acierto a comprender qué impulsa el hecho/ de estar aquí siguiendo, vulnerable». Pero no es menos verdad que tales reflexiones, aparte de requerir complicidades, se producen tan sutilmente, distinguiendo con tal claridad la tarea intelectual y el sentimiento, que nunca llegan a imponerse como materia. Antes, por el contrario, según entiendo, dentro de la autonomía de cada poema y por encima de la leve anécdota que se adivina a veces («tras la sutil anécdota se esconden los signos», alertaba *Territorio*), *Una oculta razón* se ofrece casi siempre de manera narrativa. Distribuido el libro en tres partes y un epílogo, la segunda es un solo poema largo y nuclear, síntesis y propósito, que se proclama eje y espíritu, en tanto que la primera y la tercera, que son cuerpo, funcionan como anverso y reverso de una misma intención. La primera parte, singular y lineal, agrupa quince poemas complementarios en los que el sujeto recobra fragmentos sucesivos de un interrumpido haber estado siendo, rescata «la vida que ocultaban las paredes/ de tu estancia de ser para la muerte». La tercera parte, plural y circular, más abierta y